

Adictos al miedo

Andrea Solbes



Capítulo 1

Adictos al miedo

Cuando abrió los ojos se percató de que estaba en su habitación. Yacía extendido sobre la cama a excepción de los brazos, que se encontraban en cruz sobre su pecho dándole aspecto del clásico vampiro. Jaime dirigió su mirada hacia la mesa de estudio que tenía justo al lado de su cama. ¿Otra vez me he quedado dormido con la luz encendida?

El joven hizo un amago de desperezarse, pero no pudo mover los brazos. Se mantenían pegados a su pecho y los notaba como si estuvieran engarrotados. Fue entonces cuando comprobó que tampoco era capaz de mover las piernas. Ni la espalda, ni el cuello, ni las manos, ni los pies. Su cuerpo no respondía salvo los ojos que eran los únicos que podían recorrer la habitación desde su prisión.

Jaime respiró profundamente. Aquel día había corrido 10 kilómetros, asistido a clase por la mañana, ayudado a su padre en el taller mecánico y por la noche había salido de fiesta con unos amigos. Era normal que su cuerpo estuviera totalmente agotado y por ello no respondiera. Volvió a forzar a su cuerpo a levantarse y aunque sus piernas no se movieron consiguió despegar los brazos del pecho.

Pero súbitamente volvieron a su torso con un golpe seco impidiéndole moverse. Su cuerpo, que lo había notado como adormecido, ahora lo sentía como si miles de manos lo sujetaran y le negaran la libertad que tanto ansiaba en aquel momento. Por el rabillo del ojo, Jaime vio como una sombra cruzó la habitación tirando a su paso la lámpara que estaba sobre la mesa. La habitación se oscureció.

Su respiración se aceleró y su corazón estaba a punto de salirse del pecho. Estaba indefenso ante algo que no quería dejarle marchar. Jaime cerró los ojos. *Esto es una pesadilla, no puede ser otra cosa*, se decía a sí mismo.

Pero entonces, en contra de su voluntad, sus ojos se abrieron y su cuello giró. Entre la cama y la mesa de estudio había algo. Un ser extremadamente delgado y alto, al que Jaime sólo podía verle lo que debía ser su cintura. No vestía ningún tipo de ropa, pero su piel parecía ser tela de saco.

– Fausto, ¿qué hago? No grita – preguntó el Hombre del Saco.

– Joder, pareces nuevo. Agáchate en plan tenebroso para que pueda verte

la cara.

– ¿La cara...? ¿Me estás llamando feo? – gruñó

– ¡Saco! Agáchate de una puta vez que no voy a conseguir aguantarlo más. ¿Sabes lo que cuesta poseer un puto cuerpo?

A regañadientes, el Hombre del Saco hizo caso a su compañero. Llevaban una semana sin conseguir un buen chute y ansiaba volver a sentir el miedo recorriendo hasta la última célula de su cuerpo. Al ver el rostro uniojo de Saco, Jaime gritó como un loco y comenzó a moverse como si estuviera convulsionando hasta que finalmente Fausto fue expulsado de su cuerpo.

El Hombre del Saco aprovechó para acercar su delgado cuerpo hacia Jaime, el cual se había ocultado bajo la manta como si aquello pudiera protegerle de un ataque nuclear. Aspiró el miedo que emanaba aquel humano y vibró de placer.

– ¡Quita! – el fantasma apartó a su compañero – No lo aspiras todo, maldito desgraciado.

Fausto tapó un orificio de su nariz fantasmal y respiró profundamente. Sus ojos se pusieron en blanco mientras en su rechoncho rostro se dibujaba una sonrisa que acabó transformándose en una risa tonta que hizo temblar su translúcido y orondo cuerpo.

– Ostia puta. Este es mejor que el del niño de la última vez.

– El miedo de los adultos es mucho más intenso. Lo ocultan tanto que se comprime y cuando sale es pura ambrosía – dijo Saco mientras intentaba golpear la lámpara del techo como si fuera un gato jugando con una bola de lana.

– Tío, eres un gran compañero. – Fausto se recostó sobre la pared mientras miraba al vacío y dejaba que el miedo le recorriera todo el cuerpo. – Nunca he tenido un subidón como los que tengo contigo.

Saco consiguió golpear la lámpara provocando un ruido metálico que hizo que Jaime soltara un chillido. Ambos monstruos se excitaron por el nuevo rebrote de miedo.

– Antes mi compañera era otra fantasma, pero era muy quisquillosa. – hizo una pausa para cambiar su voz a un tono más chillón y nasal – “Ese no, Fausto, que es muy mayor y lo vas a matar”, “Fausto, no te pases que es sólo un niño”, “Fausto, si le asustas no superará su trastorno de estrés

postraumático...”, ñi ñi ñi ñi ñi.

– ¿Y qué pasó?

– Me libré de ella dejándola tirada en una puta curva. ¿Pero sabes qué es lo peor de todo? Que la muy desgraciada se hizo famosa y ahora vive a todo trapo. Rodeada de lujos y comprando el mejor terror de la ciudad cuando le viene en gana. ¡Todo gracias a mí! ¿Y crees que vino a agradecerme? ¡No, no lo hizo! Si no fuera por mi ella no sería nada.

– Tío, puedo ver el tiempo y jamás hubiera imaginado que era de color rosa. - dijo el Hombre del Saco mientras paseaba por la habitación balanceando sus delgados brazos por encima de la cabeza.

Fausto se levantó y volvió a acercarse a Jaime para intentar quitarle la sábana, pero sus manos traspasaban los objetos del mundo real. Había consumido todo su poder en la posesión.

– ¿Qué haces? – Saco lo miró desde la puerta de la habitación que aún estaba abierta.

– Te has quedado con la mejor parte. Yo también quiero ver el puto tiempo.

Jaime se quitó la sábana de encima, acercó la mano al interruptor y encendió la luz. Fausto aprovechó el momento para consumir sus últimas energías y meterse dentro de la bombilla para hacerla estallar. El humano dio un grito y salió disparado hacia la puerta pero el Hombre del Saco se interpuso en su camino. La oscuridad había hecho que pudiera ser visible ante el humano, cuyo rostro se desencajó.

– ¿A dónde vas? – dijo Saco al humano con una voz lúgubre y profunda que habría hecho temblar al más valiente de los héroes.

Un intenso miedo inundó la sala y Fausto aprovechó para bañarse en aquella orgía de espanto, horror y desasosiego que, a su pesar, duró más bien poco. Al ver ante sí, y con gran lujo de detalles, al Hombre del Saco, el corazón de Jaime no lo pudo soportar. Jaime se llevó una mano al pecho y cayó desplomado. Fausto y Saco se quedaron inmóviles durante unos segundos ante el cuerpo de aquella criatura. Cruzaron sus miradas y en ese instante, en el que ambos estaban más pálidos que el desdichado humano, supieron que tenían que marcharse cuanto antes de aquella habitación.

Pero, un estruendo interrumpió su huida. Una espesa neblina brotó de la nada bloqueando las salidas y una figura humana, que era lo único que tenía de humano, cubierta con una capa negra y que sujetaba una

guadaña se materializó frente a los dos adictos al miedo.

Aquella figura se quitó la capucha con su mano huesuda y clavó su mirada vacía en Fausto y Saco.

– ¿Otra vez? Es la tercera vez en este mes – su habitual voz neutra y solemne denotaba en esta ocasión ira contenida – Malditos bastardos. El papeleo para estos casos es un jodido infierno.

Temblaron ante su presencia. Y aquel momento fue el mejor subidón de terror que habían tenido desde hacía mucho tiempo.

[Fotografía Foto de Halloween creado por freepik - www.freepik.es]